

1

No recordaba Garden Manor de aquella manera. De hecho, el último recuerdo que guardaba de aquella mansión se remontaba a cuando tenía once o doce años, quizá algo menos, no estaba seguro. En cualquier caso, Garden Manor nunca había estado tan llena de gente como en aquel momento. Cuando su abuelo vivía, como mucho les visitaba algún amigo de la banca o algún extraño y excéntrico diplomático... Y solo en contadas ocasiones se celebraba una comida familiar, acontecimiento que básicamente incluía a su abuelo, a su madre y a él mismo. Ahora, veintitres años después, se encontraba delante de la entrada principal, a dos pasos de los cinco peldaños de la puerta, y no era capaz de avanzar más.

Sintió ganas de reírse de sí mismo. Algo le impulsaba a dar media vuelta y largarse de allí, pero no podía. Un hombre como él, que había estado en la selva colombiana en cinco ocasiones, le habían apuntado con una escopeta en la cara dos veces y había sido secuestrado por las guerrillas otras tantas, no era capaz de dar un paso más.

Ahí estaba la fachada de ladrillo rojo, las ventanas rectangulares de marcos blancos y relucientes, los jardines decorados con jarrones de Florencia, el precioso obelisco, los bancos de madera africana, los setos que delimitaban los caminitos de piedras y el frondoso bosque. Garden Manor no había cambiado en nada. Incluso el tejado gótico, que tanto miedo le daba de niño, seguía allí. A veces, cuando caía la noche, se imaginaba las gárgolas de Notre Dame sobre aquel parapeto ornamental, y corría asustado a la cama de su madre.

Aquella mansión guardaba demasiados recuerdos para él y ni siquiera había traspasado la puerta...

Se giró y volvió a contemplar los jardines. Calvin seguía haciendo su trabajo a la perfección. Aquel hombre debía de tener ya más de sesenta años, pero podía reconocerlo a kilómetros. Tenía la espalda encorvada, la piel oscura y llena de arrugas, las cejas pobladas, la nariz ganchuda, el pelo blanco y el ceño fruncido. Siempre había pensado que Calvin Jones dormía con el ceño fruncido y que si alguna vez relajaba su expresión sería porque estaba muerto o se habría desmayado. Todavía recordaba la forma de perseguirlo, rastrillo en mano, recriminándole haber pisado las petunias. Jonás cerró los ojos y se apartó a un lado cuando un grupo de obreros pasó rozándole un hombro con una inmensa plancha de metal, mientras se dirigía a uno de los camiones. Las obras del ala oeste estaban en marcha como él había ordenado. Seguramente se encontraría a Alicia y Colette dentro. ¿Cuántos años tendría la pequeña Colette? Si no calculaba mal le sacaba cinco o seis años, así que ahora mismo rozaría los cuarenta, y su tía tendría más o menos la misma edad que Calvin. Sonrió al pensar en las dos mujeres y entró en la casa. Aspiró el aroma que desprendían las paredes, los tapices y los cuadros, la esencia de la mansión en todo su esplendor. Eso no había cambiado. No había cambiado nada en su interior, todo seguía en el mismo lugar que veinte años atrás. Todo a excepción de su abuelo, el terrorífico William James, que ya no estaba. Eso y que ahora aquella propiedad era única y exclusivamente de él.

Garden Manor era una mansión del siglo XIX, construida por un arquitecto muy apegado a la reina Victoria. Coronaba una colina y estaba a trece kilómetros del ferrocarril y a cuatro de la pequeña ciudad inglesa de Hight. Incluso para Jonás Belanger recorrer dos mil kilómetros y trasladarse a Inglaterra en mitad del año era una ardua tarea y no porque su trabajo no se lo permitiera. Su abuelo lo había mandado a los mejores internados en su juventud tras fallecer su madre, pero cuando Jonás terminó la carrera de periodismo, juró recorrer el mundo y no estarse quieto en una ciudad más de lo necesario, de modo que cogió lo impres-

cindible a la tierna edad de veinticuatro años y decidió no mirar atrás. Y no lo hizo. Se olvidó de Garden Manor, se olvidó del horrible y receloso William y, no contento con eso, modificó el orden de sus apellidos y usó el de su madre para firmar todos los trabajos que escribía. Jonás Belanger se convirtió antes de cumplir los treinta en un hombre respetado en el gremio. Sus trabajos periodísticos de guerra, sus columnas polémicas y su pasión por lo que hacía le hicieron ganar mucho dinero, y aunque su abuelo antes de morir intentó ponerse en contacto con él varias veces a través de sus abogados, nunca tuvo la intención de permitirselo. Jamás le perdonaría que a la muerte de su hijo, Petro James, tratara a su madre como lo hizo. Nunca le perdonó que la encerrara junto a él en aquella mansión, ni que la fuera marchitando poco a poco hasta conseguir que enfermara y muriera. Había demasiadas cosas en aquella casa que le hacían sentir una profunda melancolía. Demasiados malos recuerdos que borrar para siempre.

Colette y Alicia habían ido a comprar al pueblo. Eso le había dicho un aparejador. Jonás frunció el ceño cuando el muchacho le aseguró que la restauradora ya había llegado y que se encontraba en la biblioteca. No recordaba haberla contratado, pero luego cayó en la cuenta de que sí lo había hecho. Martín, su abogado y amigo, se lo había dicho por teléfono. Mandarían a una persona a empaquetar, preparar y enviar las obras de arte y los objetos de mayor valor, incluidos los tomos más antiguos de la biblioteca. Todavía no tenía claro si donar todo o parte de lo que había en la mansión al Nacional Trust, hacer una subasta e invertir los beneficios en algo más importante, o bien quedarse con las cosas que recordaba que habían tenido algún valor para su madre. Fantaseó también con la idea de hacer una gran hoguera y quemarlo todo en el jardín, con la clara intención de despertar a su abuelo de entre los muertos y hacerlo volver del mismo infierno. Le dio la risa floja y se dirigió hacia la biblioteca. Subió los peldaños de dos en dos, con las manos en los bolsillos del pantalón tarareando una melodía pegadiza que ni siquiera sabía de dónde había sacado. Entró en el amplio habitáculo y se quedó de piedra. Una enorme escalera

sobre raíles telescópicos se desplazó a una velocidad de vértigo empujada por un brazo largo y delgado que a punto estuvo de atropellarlo.

—¡Disculpe! —exclamó la joven—. ¡Sería tan amable de apartarse del raíl!

Frenó en seco. Jonás se desplazó hacia su derecha y se quedó observando la delgada figura que se parapetaba de un lado a otro, subida en la escalera mientras parecía rebuscar algún tomo de las baldas superiores de las estanterías.

Un rápido análisis de la situación: cabello caoba atado con una cinta en una cola que le llegaba por la cintura, espalda y cadera estrechas, y un vestido demasiado corto para estar en aquella posición. Giró la cabeza y avanzó varios pasos sin sacar las manos de los bolsillos. La muchacha se dio la vuelta sin soltarse de la escalera y lo miró ferozmente.

—Por favor, señor. Intente no pisar esos papeles, tienen mucho valor. No me gustaría que el propietario se enfadara.

—Oh... Perdón —contestó haciéndose el despistado—. Mi nombre es Jonás. ¿Y usted es...?

La mujer sonrió forzosamente y clavó sus ojos castaños en él. Descendió las escaleras muy despacio y soltándose la cinta del pelo se atusó la melena y se limpió las manos con los bordes del vestido.

—Daniela Cantelli. Soy la restauradora. No debería estar usted aquí. Si necesita hablar con los hombres de la obra, están en el piso de abajo o en el ala oeste.

Aquella mujer era una belleza salvaje de nariz respingona y boca inmensa. Le debía de llegar por la barbilla, así que calculó en milésimas de segundos que mediría un metro sesenta y mucho y que por el aspecto no debía sobrepasar los treinta años. Puso los brazos en jarra y suspiró con nerviosismo al ver que Jonás seguía mirándola sin decir ni una palabra.

—Señor...

—Soy Jonás. Soy... de la familia. Así que si no le importa me gustaría dar un paseo por la biblioteca. Acabo de llegar de viaje y lo cierto es que apenas recordaba la casa y...

—Disculpe. No sabía que el señor Belanger tuviera mucha familia. Lo cierto es que le estoy esperando desde las siete de la mañana y todavía no ha aparecido, supongo que es un hombre muy ocupado.

Le resultó cómico que aquella mujer no le hubiera reconocido. Daniela alzó las cejas y volvió a moverse algo nerviosa. Se notaba que se sentía cómoda y ansiosa por continuar con lo que estaba haciendo.

—Sí me disculpa... —dijo; y al instante se subió a la escalera y comenzó a rebuscar por la estantería.

—En absoluto. Continúe, continúe...

Pensó fugazmente que aquella mujer esperaba a un hombre mayor. Se miró en el espejo. ¿Por qué a un hombre mayor? Tenía el pelo algo largo, muy a la moda, aunque no era un tema que le preocupara lo más mínimo, pues se sentía de maravilla así. Se apartó un rizo de la frente con un movimiento decidido y dando dos saltitos se acercó a la escalera.

«Se te ven las piernas y un poco más...»

Era realmente hermosa. Aquel vestidito estampado por la rodilla era la puerta a los infiernos de Dante. Daniela se giró hacia él con un tomo en la mano e inclinándose le pasó uno, luego otros dos y cuatro más.

—Si no le importa, ¿podría dejarlos encima de la mesa de madera que tiene a su derecha? Su nombre era Jonás, ¿verdad?

—Sí, señorita —contestó sepultado por una pila de libros.

—Aquí hay verdaderas obras de arte, cuadros, libros, esculturas. Mucho trabajo. Meses quizá. Es el paraíso de todo restaurador o amante del arte.

—Sí, es una casa realmente interesante.

Se inclinó hacia delante disimuladamente y observó el final de sus piernas. Pensó durante unos segundos que se estaba volviendo loco y que llevaba demasiado tiempo sin una mujer. Carraspeó y se acercó a la ventana.

—¿Viene a trabajar para el señor Belanger?

Jonás se giró hacia ella y le regaló su mejor sonrisa.

—Más o menos. Soy periodista.

Daniela se impulsó con la escalera y desplazándola varios metros se enzarzó en otra estantería repleta de libros.

—¿Y también se aloja en la casa? Yo aún no he hablado con el señor Belanger. Me contrató su abogado, un tal Martín Baseti. Bueno, su despacho de abogados. Cuando me dijo que esta casa albergaba uno de los mayores tesoros de Inglaterra, no me lo pensé. He visto mi habitación y es preciosa, tiene el tamaño de mi apartamento entero y unas vistas al bosque realmente apasionantes, y Alicia Windwood y su sobrina... No sé si las conoce. La mujer que cuida la casa.

«Ah, señorita Cantelli. Cuando está inquieta es igual que una co-torra.»

—Sí, las conozco...

—Son encantadoras —dijo descendiendo con dos libros en cada mano.

—Se va a caer señorita Cantelli. Permítame que la ayude.

Jonás se había perdido en su escote, en sus piernas, en la dureza de sus ojos rasgados y en aquellos caracoles en las puntas de su larga melena que parecían bailar sobre sus pechos. Agitó la cabeza para volver en sí y sonrió de nuevo con la sensación de parecer idiota.

—¿Le pasa algo?

—No, en absoluto. Solo estoy cansado. He recorrido muchos kilómetros.

Tuvo la sensación de que Daniela Cantelli le hacía una rápida revisión física de los pies a la cabeza. Por un momento se sintió algo incómodo cuando detuvo la mirada en su jersey de cuello de cisne y pareció fruncir el ceño. Al instante se movió nerviosa, se inclinó sobre los papeles del suelo y comenzó a recogerlos diciendo entre dientes que si el dueño llegaba en ese momento y veía todo aquel caos posiblemente se enfadaría.

—¿Es agradable el dueño de la casa? —le preguntó amablemente.

—Bastante. Bueno, creo que sí —respondió Jonás.

La situación era cómica. Daniela era una mujer extremadamente hermosa y, aunque no estaba seguro de que ella fuera consciente de ello, tenía claro que si la tocaba en ese momento, aunque fuera con un

solo dedo, recibiría una descarga de mil voltios con total seguridad. Y aquel lacito atado en el pelo como si fuera una adolescente...

—Usted se parece al señor del cuadro —añadió con gesto pensativo—. Sin duda puedo creer que es de la familia. No tiene pinta de obrero del ala oeste.

—¿El señor del cuadro? —preguntó ofendido—. ¿Se refiere a William James?

—Exacto —afirmó Daniela—. Bueno, tiene un aire. Ya me entiende. Si se fija, y le aseguro que soy muy observadora, tiene la nariz afilada y respingona, muy similar a la mía, justamente como William, y luego los ojos verdes, y sobre todo el pelo, rizado, castaño...

—Casualidades. Deme esos libros señorita Cantelli.

Su mirada era invariablemente dura. Jonás sintió un deseo irrefrenable de interrogarla, de saber más de su vida. Incluso se hubiera sentado durante horas en aquella biblioteca a contemplar cómo trabajaba. Sin embargo no era su belleza lo que le atraía, era más bien la esencia rebelde que desprendía, la forma dura de sus facciones y esa clara sensación de que estaba alerta y de que era una mujer muy inteligente. Luego pensó, mientras dejaba más tomos sobre la encimera de la mesa, que aquella muchacha era la primera mujer hermosa que veía en muchos meses y que, seguramente, sí, se estaba volviendo loco.

—¿Jonás? —se oyó que alguien llamaba en la puerta.

Se giraron al mismo tiempo. Alicia estaba en el umbral de la puerta, con su eterna sonrisa de abuelita enternecedora; su sobrina Colette permanecía inmóvil a su lado. Levantó los horondos brazos al cielo como si se dispusiera a rezar y luego los bajó con firmeza y dijo:

—¡Ah, esos rizos! Sin duda... No puede ser otro. Alto, guapo. ¡Y esos ojos verdes como los de tu madre y tu abuelo! ¡Hijo de mi vida! —gritó ansiosa. Dio varias zancadas y lo palmoteó con cariño para luego abrazarlo con sus rollizos brazos—. ¡Jonás! ¡Cómo has crecido! ¡Eres todo un hombre! —exclamó emocionada, y comenzó a llorar.

—Por el amor de Dios...

—¡Jonás! —exclamó Alicia. Era evidente que aquella mujer no controlaba las emociones.

Daniela Cantelli parpadeó varias veces, apretó su lazo y se frotó la frente.

—¡Veo que ya os conocéis! —Se giró hacia su sobrina y le hizo un gesto—. ¿Te acuerdas de Colette, Jonás?

Colette era como un espíritu de otro mundo, con una mirada cohibida, la piel muy pálida y unos ojos extremadamente grandes y redondos.

—Claro... Nos bañábamos juntos... —contestó con sorna. Pero lo cierto es que solo se acordaba de la pálida Colette bajo la espuma y de dos o tres ahogadillas que solía hacerle cuando Alicia sacaba la pequeña piscina de plástico al jardín y dejaba que se bañaran durante toda la tarde.

Colette se ruborizó y le besó en la mejilla.

—¡Ay, mi señorito, qué guapo y cómo ha crecido! ¡Daniela! ¿Verdad que es una belleza de hombre? ¿Verdad que llevábamos días y noches hablando de cómo habrías cambiado? Hijo, ¿por qué nunca firmas tus trabajos con una foto? ¿Sabías que guardo todo lo que has publicado en recortes en un álbum y nunca, nunca, nunca has puesto una fotografía tuya?

—Oh, Alicia... No has cambiado nada —contestó Jonás con ternura.

Daniela no daba crédito. Se movió algo descolocada y frunció el ceño mirando a Alicia mientras se ataba de nuevo el pelo con la cinta, que le caía de continuo.

—¿Os conocéis? —volvió a repetir Alicia mientras Daniela negaba con la cabeza—. Este muchacho mío siempre con sus bromitas...

—Señorita Cantelli —musitó Colette con un tono suave y melodioso—. Le presentó al señor Jonás Belanger, el propietario de Garden Manor.

2

Se duchó a una velocidad vertiginosa. Estaba molesta, pero no podía decirse que estuviera enfadada con Jonás Belanger. Sí, era cierto que había jugado de una forma suspicaz con ella, pero eso en el fondo no le desagradaba porque, muy lejos de resultar un egocéntrico rico o un excéntrico hombre maduro, Jonás Belanger era un hombre joven y afectuoso, casi de su misma edad, con el que iba a tener que trabajar muchas horas. Eso en parte la tranquilizó. Aquella casa estaba llena de objetos maravillosos y no soportaría que alguien le dijera cómo tenía que hacer su trabajo. ¿Se había sonrojado cuando Colette le había dicho quién era? Seguramente. La maldita cinta del pelo no hacía más que caérsele, el señor Belanger la miraba con curiosidad y ella solo había sido capaz de soltar una especie de graznido que había provocado la risa de las dos mujeres y un levantamiento de cejas por parte de aquel hombre tan..., digamos, sorprendente.

Belanger era guapo, era realmente guapo, para qué negarlo. No quería imaginarse la cantidad de mujeres interesadas que tendría detrás, aunque también era cierto que nunca, como bien había dicho Alicia, nadie le había visto el rostro en sus innumerables trabajos. Ella también lo había investigado aquella mañana desde su portátil. Se rió entre dientes y, tras aclararse el jabón del cabello y terminar de ducharse, se vistió para la comida con un bonito vestido verde esmeralda, una chaqueta de punto a juego y unos zapatos algo más elegantes que las zapatillas planas que siempre solía llevar. Tacón. Terrible tacón.

Cuando pasó por el pasillo no pudo evitar mirar en dirección a la puerta abierta de la habitación del fondo. Jonás Belanger parecía estar hablando por teléfono con alguien. Lo vio pasar como un destello cru-

zando la puerta de un lado a otro de la habitación y pudo comprobar que tan solo llevaba puestos unos pantalones de traje. Alzó la mano y se la llevó a la boca. Avanzó un par de pasos más y se inclinó disimuladamente. Ahí estaba el señor Belanger, apoyado en el marco de la ventana con aquella espalda masculina desnuda, móvil en mano y brazos inmensos tensados sobre su propio peso. Sintió un terrible e insólito calor en las mejillas cuando él se pasó los dedos por el pelo y aquella maraña de músculos que ni siquiera sabía que existían se contoneó al unísono.

—Vaya, vaya, señor Belanger... Pues sí que ha hecho ejercicio en sus selvas...

¿Estaba hablando sola? Tenía que irse de allí. Más que hablar sola lo que realmente le preocupaba era llegar a contestarse. Reculó muy despacio y se giró hacia las escaleras. Estaba a punto de descender cuando lo oyó al fondo y parecía hablarle a ella.

—Señorita Cantelli.

Se estaba poniendo la camisa y le sonreía arrebatadoramente.

—Dígame —contestó con dignidad.

—¿Podemos tutearnos? Quiero decir que podría llamarla por su nombre de pila y usted por el mío. ¿Le parece?

Sentía la cara hirviendo y él se estaba dando cuenta con toda seguridad, aunque lo cierto es que a esa distancia no era tan fácil. Se abrochó los puños, se abrochó el frontal de la camisa y se atusó los rizos de la cara con un movimiento veloz. Ahí estaba otra vez esa sonrisa diabólica, y era para ella...

—Por mí no hay ningún problema, Jonás. ¿Le parece bien así?

—Perfecto Daniela...

«Soy una mujer segura de mí misma y este hombre no me está poniendo de los nervios.»

Esbozó una mueca que bien podría ser una sonrisa y descendió un peldaño. Jonás caminó por el pasillo tan rápido que al segundo lo tenía detrás y descendía con ella. Notaba sus ojos clavados en la nuca, y aquellos tacones sobre la alfombra no eran lo que se dicen fácilmente manejables, así que, disimuladamente, se aferró al pasamano, ladeó la

cara, sonrió con dignidad y descendió el resto de las malditas escaleras sin peligro a caer rodando y hacer el mayor ridículo de su vida. Cuando llegaron abajo, Jonás se adelantó y le abrió la puerta de atrás. Una enorme terraza repleta de sofás y mesas emergió frente a ellos. Estaba llena de bonitas enredaderas que trepaban por las columnas de aire griego y sobre los cristales de los amplios ventanales. Los sofás eran de mimbre y había una bonita mesa de billar al fondo. Una pequeña selva particular tras Garden Manor. ¿Qué más se podía pedir? Sonrió con la boca ligeramente abierta y contempló las trepadoras con sus flores rojas y naranjas. La buganvilla era la planta que quizá más le llamó la atención, sus flores violetas ocupaban gran parte del lado norte de la terraza, la hiedra, las florecitas amarillas.

—Alicia es una artista —dijo Jonás—. Nos ha puesto la comida en su lugar preferido.

—Es increíble. Precioso. ¿No te da pena deshacerte de este sitio?

Jonás apartó la silla y la invitó a sentarse. Habían dispuesto una mesa para ellos y aunque había insistido durante una hora con Alicia y Colette para que comieran todos juntos, no fue capaz de hacerlas cambiar de parecer.

—No. Lo cierto es que no tuve una infancia muy feliz en esta casa y no me trae muy buenos recuerdos —le contestó.

—Comprendo.

—Verás Daniela. Quiero inventariar todo lo que hay en Garden Manor. Cada uno de los cuadros, cerámicas, figuras o libros que tengan un valor cultural o económico. Mi abuelo fue un hombre que en su juventud viajó mucho, trajo de sus viajes verdaderos tesoros arqueológicos y obras de arte que deberían estar en un museo. Mi intención no es ganar dinero, realmente no lo hago por eso.

Daniela se inclinó sobre el respaldo de mimbre y cruzó los brazos.

—Bueno, supongo que no lo necesitas.

—El dinero que yo poseo es fruto de mi trabajo Daniela. Lo que me aporte Garden Manor me es indiferente, hace mucho tiempo que no vivo a la sombra de mi abuelo. Come o se enfriará la carne.

—Reconozco que no me esperaba a una persona como tú cuando llegué a...

Jonás soltó una ronca y lenta carcajada y dio un trago a su copa de vino tinto.

—Bueno, tú esperabas a un viejo decrepito como mínimo y yo a una mujer rechoncha con unas gafas gruesas y el rostro sonrosado. —Clavó los ojos en ella y pareció meditar durante unos segundos—. Daniela... Son muchos días en esta casa y aunque se paga bien y debes de tener unos informes impecables para que mi abogado haya confiado en tu trabajo, es mucho tiempo alejada de tu casa. ¿Eres consciente de que serán meses de trabajo?

—Lo sé. Eso decía el contrato.

Lo observó con curiosidad y apuró un trago de vino. Realmente aquel hombre la ponía muy nerviosa. Clavaba de aquella manera los ojos en ella, unos ojos verdes y brillantes suspicaces, terriblemente sagaces y juguetones. ¿Juguetones? Dio otro trago al vino y se colocó el cabello por detrás de la oreja para recuperar la compostura y fijar la vista en otra cosa que no fuera él.

—¿No tienes familia? Y perdona que te haga una pregunta tan personal, puedes negarte a responder; solo quiero saber un poco de ti.

—Tengo un periquito que se llama *Remedios*.

Jonás abrió los ojos y arqueó las cejas. ¿Le tomaba el pelo? No estaba seguro.

—¿Un periquito? —repitió a punto de echarse a reír.

Daniela lo miró de reojo y comenzó a comer lo que tenía en el plato, entrecot, puré de patatas y unos diminutos guisantes que iba apartando disimuladamente.

—*Remedios*. Sí, un periquito. No sé qué te hace tanta gracia. Unos tienen perros, otros gatos y yo tengo un periquito que dejo con mi vecina cada vez que viajo. Si tuviera un perro todo sería más complicado. Un perro es grande y da mucho trabajo y si...

«Oh... la preciosa Daniela volvía a ponerse nerviosa.»

—Vale, vale... —contestó Jonás para calmar el ambiente—. Creí

que era una broma. Vives con un... periquito y se llama *Remedios*. Está bien, pero me refería a padres, compañeros de piso, hermanos o hermanas, un novio...

—No —contestó con la boca llena—. Quiero decir, no tengo hermanos ni novios y mis padres viven uno en cada punta del país. Están separados desde que tengo uso de razón.

—El mío murió siendo yo un bebé. ¿No te comes los guisantes?

Le sonrió con ironía y levantó la copa de vino con humor.

—No me gustan.

—A mí tampoco.

¿Eso había sido una bromita? ¿Jonás Belanger le estaba poniendo nerviosa aposta? Volvió a apartarse el pelo de la cara, tragó la comida que tenía en la boca con el mayor cuidado y sonrió.

—¿Te quedarás en la casa el tiempo que dure el inventario? —preguntó ella con curiosidad.

—Por supuesto, Daniela —contestó con sorna—. Puedo trabajar desde aquí, lo único que necesito es un ordenador y una buena conexión. Que conste que no lo hago porque no me fíe de tu trabajo, todo lo contrario, pero llevo mucho tiempo viajando y creo que no ha sido mala idea parar un poco, descansar.

Realmente Jonás era un hombre terriblemente atractivo, y no solo eso, sabía jugar con los gestos con mucha destreza. Era muy expresivo, y cuando ella hablaba solía mirarla fijamente, algo que le provocaba tener que apartar la vista de él o bajar la mirada.

La pálida Colette apareció por un lateral con un carrito repleto de postres. Llevaba un vestido largo al estilo institutriz y eso le hacía parecer uno de aquellos dibujos de Tim Burton, en *Cuento de Navidad*.

—Colette... Siéntate con nosotros. Come algo —le dijo Jonás mientras alargaba el brazo en un gesto de ternura.

Colette sonrió tétricamente y levantando el dedo índice señaló la tarta de manzana.

—Ustedes tienen mucho de qué hablar, señorito. Prueben esta tarta, la hizo mi tía anoche y está muy buena. Tienen helados, y esos

pastelitos llevan canela. Lo cierto es que mi tía se ha pasado la noche haciendo postres. Está muy contenta de tenerle aquí de nuevo.

Colette deslizó los largos dedos por una de las trepadoras de la pared y pareció colocar sus flores.

—Gracias Colette —dijo Daniela—. Todo está riquísimo. Alicia y tú sois unas grandes cocineras.

—Pues coma, señorita Cantelli. Está muy delgada.

Daniela esbozó una sonrisa de ternura y miró de soslayo a Jonás, que no le quitaba ojo mientras parecía pelearse con un pastelito de color rosa. Súbitamente se imaginó a aquel hombre lleno de merengue. Cerró los ojos, miró a Colette, que seguía arreglando las enredaderas, y carraspeó cuando Jonás se chupó el dedo e inclinó la cabeza para que cogiera un pastel.

—Vamos Daniela...

Ese susurro fue terrorífico. Fue una invitación a algo oculto. Definitivamente se había vuelto loca.

—Cómete uno, están de miedo.

Tomó un pastelito azul con merengue por encima y una guinda en el centro e intentó devorarlo con la misma elegancia de la que hacía gala su acompañante. Era difícil, el pastelito era demasiado grande y al meterlo en la boca se rebozó de merengue la nariz.

Jonás se reía mientras la observaba comer el pastelito. Le entregó una servilleta de papel e hizo un gesto con los dedos para que se limpiara la nariz. Daniela sintió cómo le ardían las mejillas. Se acabó el maldito pastelito y dio un sorbo a su copa de vino para hacer pasar aquella masa de hojaldre, nata y azúcar por su garganta.

—¿Estaba bueno?

—Mucho.

—Bien... Colette, ¿quieres un pastelito? —preguntó con ironía.

Colette se giró hacia ellos, levantó una sola ceja y se cruzó de brazos.

—Señorito Jonás... No ha perdido un ápice de su malicia y picardía. ¿Sabe una cosa señorita Cantelli?

Daniela ahora atacaba un trozo de helado de pistacho. Sintió un dolor intenso en la sien cuando se metió un pedazo en la boca y miró a la mujer negando con la cabeza.

—Cuando era pequeña, siempre que me preguntaba si quería un pastel, y cuando le decía que sí y me acercaba, me lo estampaba en la cara.

Se giró con dignidad y avanzó por el amplio porche cubierto en dirección a la puerta lateral.

—¡Oh, venga ya Colette! ¡Que somos adultos! ¿En serio no quieres un pastelito?

—¡De ninguna manera! —exclamó entrando en casa apuradamente—. ¡No! —gritó; pero ya no se veía a Colette por ningún lado.

—¡Colette, no voy a...! Por el amor de Dios, que somos adultos.

Daniela lo observó mientras Jonás se soplabla un rizo, cogía un trozo de tarta y la devoraba riéndose para sus adentros.

—¿En serio le íbas a estampar el pastel en la cara a Colette?

Jonás levantó la vista y clavó los ojos en ella. Sonrió con malicia y afirmó muy despacio.

—No me lo puedo creer...

—Y no dudes que lo haré querida...

Al volver a contemplar sus ojos de pronto se sintió nuevamente avergonzada. Apuró el último bocado de su helado y rápidamente sirvió los cafés que Colette también había dejado en el carrito, junto a los postres. Le hizo gracia comprobar la preciosa porcelana blanca con pequeñas incrustaciones doradas de las tazas. Su abuela tenía un juego de porcelana muy parecido a aquel, y volver a ver algo tan clásico y elegante le transportó momentáneamente a su infancia.

—No parece... —dijo entonces con la mirada perdida— que todo haya sido malo en Garden Manor...

Jonás la miró con cierto recelo y sonrió.

—Mi madre murió en esta casa.

—Perdona. No sabía que...

—No te preocupes. Mi madre tenía sueños, era una mujer muy

guapa y tenía una voz maravillosa. Solía cantar. Es más, conoció a mi padre cantando y él siempre le permitió seguir con sus sueños después de casarse, aun siendo madre y viviendo en esta casa. Pero cuando mi padre falleció siendo yo un bebé a causa de un cáncer, mi abuelo la amenazó con quitarle mi custodia si se marchaba de esta casa. —Jonás bebió de su taza y prosiguió—: Creo que mi madre murió de pena. No creo que fuera feliz en un lugar donde ella fue infeliz toda su vida.

—Comprendo. No sabía que... Oh, vaya... Lo siento mucho.

—¡Bien! —exclamó entonces Jonás. Y esto hizo que Daniela pegara un brinco en su silla—. Vamos al asunto que nos lleva. Antes te pregunté por tu vida personal porque es muy difícil encontrar y confiar en alguien que esté a la altura de lo que se mueve en esta casa en cuanto a valor económico, quiero decir que no me gustaría que abandonaras por un asunto personal, porque tu perro, que ya sé que no tienes, se pusiera enfermo o porque un posible novio te eche de menos. Es importante que tengas claro que estaremos varios meses encerrados en Garden Manor.

Daniela afirmó rotundamente con la cabeza y volvió a ponerse nerviosa cuando Jonás clavó los ojos en ella y levantó una ceja en un gesto desconcertante y algo irónico.

—No te preocupes por eso. Tu abogado me hizo firmar unos documentos de confidencialidad que entregó a su secretaria. Además, mi trabajo es lo más importante que tengo en estos momentos, son muchos años estudiando desde los libros lo que ahora puedo ver y tocar con mis propios dedos, para mí es maravilloso y excitante. Hay pinturas increíbles por todos los rincones de la casa y creo, dado que he enviado una fotografía y cuando traslade el cuadro podré asegurarlo con total claridad, que algunas de ellas son del pintor Thomas Lawrence. Incluso juraría que el tapiz que hay en el despacho de William es de Botticelli, sin embargo son suposiciones iniciales tras analizar los trazos, los estilos y la antigüedad de la pintura utilizada y aquí no tengo los medios necesarios para mi estudio. Es emocionante.

—No entiendo de pintura, ni de arte, Daniela.

Daniela se sirvió otra taza de café y se apartó el cabello con suma delicadeza. Parecía absorta en todo lo que la mansión le brindaba y Jonás la observaba con fascinación y curiosidad.

—¿Puedo preguntar qué años tienes, Daniela?

—Veintinueve.

—Vaya... Eres joven.

Se ruborizó repentinamente cuando Jonás le sonrió y dos preciosos hoyuelos se formaron en sus mejillas. Sus ojos eran dos esmeraldas que parecían brillar. Nunca había visto unos ojos tan verdes, tan intensos y tan expresivos. Sin embargo, detectó algo impropio en un hombre de su juventud; detectó una profunda melancolía, una tristeza clara y tácita que parecía aumentar en él a medida que caía la tarde y se hacía más clara la evidencia de que se encontraba en aquella casa, en aquella mansión alejada de todo y de todos.

—¿No echarás de menos viajar?

—Puede —contestó—. Pero para serte sincero y dado que vamos a pasar mucho tiempo en esta casa, creo que no, aunque odie este sitio. —Hizo una pausa y pareció meditar sus palabras—. Estoy mintiendo, no creo que odie este sitio, más bien odio los recuerdos que me trae este sitio. Bien, lo que te quería decir es que dado que somos sinceros, no. No creo que eche de menos viajar. Creo que necesito descansar.

—Algún día viajaré como tú y veré todo lo que deseo ver. Egipto, El Cairo, París y sus museos... Hay tanto...

Daniela lo miró de improviso y sonrió lo mejor que pudo.

—¿Sabes? Con el dinero que gane aquí, me iré a París. Lo tengo decidido. Una semana, sin duda. Luego a Italia; primero recorreré Europa. Sí, lo tengo decidido.

—No es una mala idea, señorita. Los carnavales de Venecia son impresionantes. Yo ya recorrí el mundo demasiado, ahora me toca sentarme a observar un amanecer un poco más familiar.

¿Y él? ¿Tendría a una mujer hermosa esperándole en algún lugar del mundo? Daniela apoyó la barbilla sobre su mano y observó los diminutos bordados del mantel de hilo. Cogió una pequeña miga de

pan e inconscientemente comenzó a hacer con ella una bolita. Parecía perdida, sin saber muy bien cómo continuar aquella conversación, tímida, pero al mismo tiempo curiosa de saber un poco más de su nuevo jefe.

—¿Tienes hijos?

Una buena pregunta. Algo ridícula, pensó mientras se ruborizaba. Jonás soltó una ronca carcajada y encendió un cigarrillo.

—Fumo poco. ¿Quieres?

—Bueno, no fumo, pero hoy lo haré.

Lo que realmente deseaba era que el humo la ocultara completamente. Estaba muerta de vergüenza.

—Que yo sepa, no —contestó él.

—Ah... Entonces tienes novias. Quiero decir, que viajando tanto...

La primera calada la hizo toser como un anciano de noventa años. Sonrió forzosamente y dio otra calada al cigarrillo hinchando los mofletes como una adolescente.

—Madre mía, Daniela. No, yo tampoco he podido tener mucho tiempo para mi vida personal. No he parado quieto en un sitio una semana seguida a menos que me hayan obligado o bien por trabajo. Novias... —dijo; y al momento soltó una profunda carcajada—. Disculpa, me ha hecho gracia la forma de preguntarme si soy ligerito de cascos.

—¡Oh, no en absoluto! No era esa mi intención. No... No pretendía...

«¿Ha amado alguna vez señor Belanger? Posiblemente, y si mi instinto no me falla le han amado mil veces más de lo que lo ha hecho usted.»

—¿Vas a construir un barco con la miga? —le preguntó repentinamente.

Daniela observó que por el nerviosismo había hecho una bola demasiado grande y seguía dándole vueltas entre los dedos y el mantel. Soltó la bola rápidamente y dio otra profunda calada al cigarro. Gruñó

entre dientes. Su humor era sarcástico y aunque en esos momentos estaba algo acalorada y cohibida, no tardaría en devolverle aquel sarcasmo juguetón y provocador que usaba con ella. Sin duda... Cuando volviera en sí y dejara de intimidarla de aquella manera tan desconcertante.